

Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

ANTONIO SÁNCHEZ MOGUEL



Catedrático muy docto,
escritor muy distinguido
y uno de los pocos sabios
que en el Atenec' han sido.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Sistemas de hacer comedias, II, por Miguel Echegaray.—¡Tú has sido!, por Angel Rodríguez Chaves.—Efectos de óptica, por Luis Calvo y Revilla.—¡Ni por esas!, por José Estremera.—Recuerdos de la verbena, por Juan Pérez Zúñiga.—Miniatura, por Sinésio Delgado.—Duelos y quebrantos, por José Frutos Baeza.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Antonio Sánchez Moguel.—El público.—Anuncios, por Cilla.



Figueira.

Ayer llegó un matrimonio de Madrid, y por la noche me dijo la señora en el Casino Mondego:

—Usted tiene la culpa de que layamos venido aquí, porque hemos leído sus crónicas de la Figueira y entramos en deseos de visitarla; pero usted nos ha engañado.

—¿Cómo?—dije yo sorprendido.

—Sí, señor; nosotros creíamos que esto sería una especie de San Sebastián, y ahora vemos que no hay distracciones ni lujo.

—¿Dice usted que no hay lujo? ¿Pues y eso?

Y le señalé á una joven de la provincia de Badajoz, que bailaba en aquel momento con un chico portugués y lucía un precioso vestido de raso verde guarnecido de puntilla blanca.

La señora de Madrid no se dió por vencida y sigue creyendo que aquí no hay lujo.

—Yo traigo doce vestidos, y no voy á tener ocasión de ponérmelos—añadió muy disgustada.

—¿Por qué no? Haga usted lo que una señora de Uña del Obispo que estuvo aquí hasta antes de ayer y cambiaba de traje varias veces al día. Por la mañana iba á la compra con uno de percal rameado, después se ponía otro liso para ir al baño y enseguida otro de granadina vaporosa para andar por casa. Si tenía que barrer ó hacer las camas ó secar la loza, se quedaba en enaguas, con un *matiné* azul y un pañuelo á la cabeza. Era una de las señoras más elegantes de la colonia española.

Es un error suponer que en esta playa no hay lujo. ¡Vaya si lo hay!

Ayer se celebró un baile extraordinario en el Casino, con orquesta, *bouquets* para las señoras y agua á discreción, y se lucieron trajes preciosos por parte de las hembras y los varones. Un joven portugués presentó una levita color aceituna con trencilla negra que produjo verdadero entusiasmo.

No diré yo que esto sea como San Sebastián, pero le falta poco. Ya empieza á ser conocida esta playa dentro y fuera de Portugal, y entre los veraneantes españoles, tenemos un conde, una brigadiera, dos comerciantes de tejidos al por mayor, tres párrocos, un sacerdote suelto y un afinador de pianos. El elemento periodístico tiene aquí su representación en la persona de un chico poeta y corresponsal de *El Arpa de Fuentelfresno*.

Anoche estaba en el baile tomando notas y preguntando á una señorita:

—¿Su nombre de usted?

—Aniceta Cucharón.

—Permita usted que me entere de su traje, para mi correspondencia. ¿Ese vestido es de fular?

—No, señor; de sedalina, á catorce reales la vara, doble ancho. Me lo hicieron en Montanech para venir aquí.

—¿Puede usted darme el nombre de la modista?

—No me lo ha hecho ninguna modista; me lo ha hecho mi mamá, que es aquella señora gruesa que se ha quedado dormida contra el piano.

El chico poeta de Fuentelfresno se propone relatar en su periódico cuanto pasa en la Figueira, y todas las señoritas le halagan para que les tribute elogios. El papá de una de ellas le convidó ayer á una gaseosa y le dijo confidencialmente:

—¿Le gusta á usted el lomo embuchado?

—Sí, señor; me gusta mucho.

—Bueno, pues en cuanto estemos en España le voy á regalar á usted un poco.

—No se moleste usted.

—No es molestia.

Y luego, como quien no quiere la cosa, añadió:

—¿Usted escribe en *El Arpa*? ¿Verdad?

—Sí, señor.

—¿Conoce usted á mi Isidora?

—¿Qué Isidora?

—Mi hija. Allí la tiene usted bailando con aquel chico cojo, que es uno de los principales nadadores de esta localidad. Si piensa usted citar el nombre de mi niña en *El Arpa*, le estimaré mucho haga constar que no tiene más que trece años y medio y pesa cerca de siete arrobas.

—Pues está muy desarrollada.

—Mucho; todo se lo debe á la alimentación. Por la primavera la llevamos al campo y allí se nutre. Los inviernos los pasamos en Cabezada de Arriba, porque nos gusta vivir en buenas poblaciones. Si tiene usted ocasión de hablar del pelo, puede usted decir que todo es suyo. Fijese usted en el pelo; verá usted qué mata. Está mal que yo lo diga, pero no hay otra como ella en el baile.

Dicho se está que el nombre de Isidora ha de aparecer en las columnas del periódico de Fuentelfresno, exornado con mil elogios, todos merecidos, porque la chica es una perla. Lo malo que tiene es que se dedica al piano, y á lo mejor comienza á tocar y todos huimos del salón despavoridos. La otra noche tocó la jota aragonesa, y se desmayaron dos señoras creyendo que había fuego en el Casino.

—¿Dónde ha estudiado la niña?—pregunté al padre.

—Es discípula del registrador de la propiedad, que toca divinamente y ya lleva rotos tres pianos desde que está en Cabezada de Arriba. Coge ahora un piano, y antes de ocho días lo deja inútil, porque tiene mucha ejecución. Ahora estamos esperándole.

—¿A quién?

—Al registrador. Va á venir aquí á bañarse, y ya verá usted qué manos tiene.

—Pues entonces, adiós piano del Casino.

—No lo crea usted. En teniendo cuidado no lo rompe, porque él cuando se pone á tocar se ciega; nosotros, que ya le conocemos, comenzamos á darle puñetazos en la espalda, y en cuanto siente el dolor, suelta el instrumento.

—Menos mal.

Ahora nos amenaza la venida del registrador, como si no tuviéramos ya bastantes pianistas espontáneos; pero hemos hecho una liga entre varios amigos con objeto de evitar que toque, y en cuanto le veamos ante el instrumento, no van á ser trompadas las que le vamos á dar.

Él podrá tocar, pero que se atenga á los resultados.

* *

Hasta aquí ha llegado el último libro de Ortega Munilla. *Viajes de un cronista*, deliciosas narraciones hechas por el ilustre autor de *La Cigarra*, con la galanura y el encanto que sabe imprimir á sus obras.

El ejemplar que he recibido por el correo anda de mano en mano y lo leen con afán mis compañeros de la colonia española.

Ahora me lo ha pedido un portugués entusiasta de Ortega, y pienso dejárselo para que se recree y dé al olvido las desdichas de su patria.

Después pienso decirle:

—¿Quiere usted poseer un ejemplar como éste? Pues pídaselo usted al editor Fernández Lasanta, y se lo servirá á vuelta de correo por 3 pesetas y media.

Así es como entiendo yo que deben ser los entusiasmos.

LUIS TABOADA.



SISTEMAS DE HACER COMEDIAS

II

¿Cómo se hacen las comedias pregunta usted á los cofrades, querido amigo Sinesio, en un chistoso romance? Pues allá va la respuesta del peorcito de la clase: Yo, ante todo y como todos, busco una idea. No es fácil hallarla nueva. Está el campo muy espigado, aunque es grande. Una idea: ella es el guía, ella de todo la clave; si fecunda, es bueno, artístico, bello cuanto de ella nace; si ingrata, cuanto produce pasajero y deleznable. Pensar con calma: escribir deprisa. Despacio se hacen los diccionarios, las obras científicas y morales... Hijo es de la inspiración, y no del cálculo, el arte. La inspiración es relámpago. ¡Brilla!... Pues á aprovecharle. Ya tengo idea, hago el plan, voy pensando los detalles, desarrollo mis escenas, estudio mis personajes, y cuando sé de memoria todo cuanto ha de pasarles, cojo la pluma y á hacer versos. ¡Versos sí! Usted sabe que me seduce la forma poética, que me atraen los versos; hice ya miles y haré miles de millares mientras la musa me sople y la rima no me falte. Son tradición española, los llevamos en la sangre y brotan por donde quieren en espontáneos cantares. ¿Cómo desaparecer si nacieron inmortales! Vivieron y vivirán á pesar de los ataques de cuatro naturalistas, filósofos y pedantes que se morirán oyendo versos, aunque no les cuadre. (Y este cuadro no es un ripio. Con derecho incontestable está donde está, cumpliendo con su deber de asonante.) Hasta aquí fué mi trabajo placido, tranquilo, el grave período de gestación, tan lento como importante; pero en cogiendo la pluma, en llegando al duro trance del alumbramiento, empiezan

mis fatigas, mis afanes. En mi despacho me encierro, doy dos vueltas á la llave y empiezo á hablar, por los seres que imagino, paseándome. Y como hablo y me contesto, ya colérico, ya amable, y protesto en voz muy alta si no encuentro un consonante, ó con mis risas saludo los chistes y los donaires que van saliendo—y que luego á la escena ya no salen,—van sospechando en mi casa, con fundamento bastante, que no tengo la cabeza muy firme sobre su base. La habitación es pequeña, yo necesito más aire y más luz y más espacio; el sombrero... ¡y á la calle! Sigo el diálogo.—Al Retiro, al café, al teatro... Adelante con la escena. Me saludan una vez y otra. Es en balde. Yo no veo. Se aproxima alguno, pretende hablarme. Inútil. Voy con don Juan, doña Rita ó doña Carmen, y es en verdad indiscreto el pretender tomar parte en una conversación donde no los llama nadie. Hago una escena, dos, tres, vuelvo á mi casa, al instante al papel... un acto... dos... pronto al papel... Al escape así un día y otro día sin descansar, ni pararme hasta concluir, y concluyo sudoroso y jadeante. Todo lo cual me ha creado una fama no envidiable de mal criado, de hurón, de soberbio y de salvaje, fama que no he merecido. El que me trata lo sabe. Los días que no hago versos, soy un hombre muy sociable. Así mis comedias hice. Serán buenas, regulares ó malas; pero movidas lo son. De hoy en adelante puede usted asegurarlo sin miedo de equivocarse. Dispense usted si con hechos tan íntimos y vulgares ocupó páginas que otros hicieran más agradables. Suyo siempre. Etcetra, etcetra. Quince de Agosto. Biárritz.

MIGUEL ECHEGARAY.

¡TÚ HAS SIDO!

I

—Tú eres un buen obrero y muy decente, y no eres un borrico como yo, verbo en gracia; mas te trata tu mujer que da lástima decirlo. Tú no juegas, ni al tute tan siquiera, ni fumas un pitillo, ni alternas con las gentes, ni te bebes en jamás cuatro copas de lo tinto. Y eso, Juan, la verdad, no es ser persona, eso está hasta mal visto, y si yo te lo digo, es que te aprecio y me gusta servir á los amigos. Ahora, pongo por caso, cinco machos llevas en el bolsillo; pues llegas á tu casa, desembuchas y tu mujer te da seis perros chicos. ¿Y eso es gozar del mundo? ¿Eso es tratarse con el aquel debido? Eso es no tener lacha. ¡Vamos, hombre, entra aquí á refrescar, y no seas primo! Y Juan se resistió; pero era débil.

¡Luego qué hubieran dicho! Él era un hombre, ¿estamos? era un hombre, lo cual que iba á probarse y allí mismo. Y Juan pagó una ronda, y luego otra y después cuatro y cinco, y salió la baraja y hubo cante y aguardiente y buñuelos y el delirio. Y cuando Juan volvía hacia su casa con el cuerpo molido, dando más de un traspies y con la blusa llena de desgarrones y de vino, fué cuando echó de ver que ya la noche para siempre había huído, llevándose en sus garras el producto de una semana entera de martirio.

II

—¿Se morirá, señor doctor? —Parece que á tiempo se ha acudido. Ahí tiene la receta. De hora en hora le da una cucharada de ese líquido. De eso depende todo. Hasta mañana. Y junto al pobre niño, clavando con espanto en la receta los ojos por el llanto enrojecidos, aquella infeliz madre murmuraba: —¡Será caro, de hijo! Pero es sábado y Juan habrá cobrado... Cuanto venga, lo traigo en cuatro brincos. Y haciéndola temblar á cada instante el áspero ronquido, fatídico clarín con que á la muerte llamaba la garganta de su hijo, esperó y esperó; mas todo en vano. Eternos como siglos pasaron los minutos de unas horas preñadas de tormentos infinitos. Y la pobre mujer, sin atreverse ni á lanzar un gemido, aún estaba esperando cuando el día se anunció con sus tintes indecisos.

III

Y Juan volvió por fin; pero ¿en qué estado! Volvió, ya lo hemos dicho, sucio, astroso, borracho, repugnante y sin una moneda en el bolsillo. Después de todo, ¿aquello qué importaba? Ya era casi lo mismo. ¡Boticas y recetas! ¡No parece sino que espera tanto el garrotillo! Juan quedó aquella noche como un hombre. Si no, ¿qué hubieran dicho? Él era un buen obrero y muy decente, pero es fuerza alternar con los amigos. Lástima que detrás de aquella cuna, ya férreo de un niño, dos ojos le miraran, pareciendo gritarle á voz en cuello: ¡Tú, tú has sido!

ÁNGEL R. CHAVES.

EFECTOS DE ÓPTICA

Un óptico muy corto de vista navegaba de Cádiz á Ceuta en busca de fortuna.

Quisolo su desgracia de otro modo. Cerrada la noche, armóse en el estrecho trémolina tan grande que las olas luchaban con las nubes, tanto se levantaban, y las nubes se desgajaban en otro mar, con tal furia llovía.

Ni energía ni pericia sirvieron para nada en aquel trance. Deshecha la embarcación contra la costa, los más de los pasajeros se ahogaron y los menos se encontraron en tierra.

Uno de éstos fué el óptico de mi historia, que no perdió, por casualidad extraña, ni aun los útiles de su oficio que llevaba encima, ni siquiera las gafas de su uso, que halló en el suelo junto á sí, aunque por el pronto inservibles.

Anduvo á ciegas toda la noche, sin darse cuenta de que caminaba tierra adentro, y temeroso de tropezar con salvajes, pasó días y días oculto entre los riscos y noches y noches caminando hacia el interior.

Al cabo de algunas semanas cayó en poder de los feroces vonarowa, cuyo jefe, el temible Kassonngo, mostrábase implacable con los extranjeros que no satisfacían su codicia.

No había, pues, esperanza para el desgraciado cautivo, y así lo comprendió éste cuando se vió en presencia del rey y de sus ciento cincuenta mujeres totalmente desnudas, salvo un honesto delantal.

El soberano dispuso que se sacrificase al preso en una próxima fiesta, y entretanto le condujeron á la cárcel, que no era al parecer muy segura.

EL PÚBLICO



Cuando un picador rompe la barrera con el cráneo.



Cuando sale á cantar el coro de hombres.



Cuando el toro no quiere matar á nadie.



Cuando sale á cantar el coro de señoras.



Cuando hay que evitar una desgracia al prójimo.



Cuando el autor se presenta en el escenario, hambriento de gloria.

Nuestro hombre pensó en la evasión; pero para escapar era preciso ver y se dedicó con ahinco al arreglo de sus anteojos.

Ya casi terminaba la tarea, cuando sintió ruido tras sí, y volviéndose sobresaltado vió que sus guardias le observaban con curiosidad y grandes muestras de placer.

Abrazáronle todos; brincaron y palmotearon alrededor suyo, y entendió por sus señas que había salido uno á dar la buena nueva al soberano.

Con efecto, poco tardó en oírse gran estruendo de voces y música de tambores y marimmbas (instrumento formado de calabazas), y asaltado el cautivo por los que producian tan extraño alboroto, fué conducido en hombros á palacio.

Salió el mismo rey á recibirle escoltado por toda su artillería (diez guerreros armados de fusiles), y con arreglo al uso en las grandes ceremonias, ejecutó en su honor una grotesca danza acompañado por dos de sus mujeres.

El motivo de tanta alegría era muy justo.

Hacia tres años que un explorador famoso, comisionado por la Sociedad geográfica de Londres, había visitado el extenso territorio del Ouroua. Sabido es que los jefes del interior del Africa exigen un tributo á todo extranjero que penetra en sus dominios. Codicioso Kassonngo de la magnífica escopeta que el inglés visitante llevaba, exigióla en vez del tributo, que generalmente se paga en percal, abalorios ó hilillo de latón.

Negóse el inglés á la demanda, insistió en ella el africano, y por último se recurrió á la fuerza.

El blanco y el negro lucharon á brazo partido, y cuando ya el primero comenzaba á ceder, abandonó el segundo la faena para lanzarse con mayor codicia sobre un objeto muy brillante que distinguió en un ángulo del aposento.

El objeto no era de gran valor: unas gafas viejas que casi había desechado el inglés.

Luchó, sin embargo, éste aún con más denuedo por las gafas que lo hiciera antes por la escopeta; afirmó que prefería dar todas sus armas de combate á cambio de sus anteojos, poderoso talismán contra las enfermedades de la vista, y engañado con este artificio el avariento monarca, olvidó su pasado empeño é insistió en el presente, al que accedió por fin el explorador astuto.

Kassonngo disfrutó poco por entonces del misterioso objeto. A los tres días partióse en dos, y no hubo en todo el estado quien se atreviese á hacer la compostura.

Hizola nuestro óptico á la perfección, por lo que no sólo fué nombrado *talismánero* de cámara, sino que obtuvo cuanto quiso, pues todos los altos dignatarios de la corte y hasta la gente del pueblo le encargaron la fabricación de los portentosos talismanes.

El fanatismo y la moda han introducido desde entonces una prenda más en el traje de los vonarowa.

Resulta ahora tan fresco como antes y de mucha más vista.

En cueros y con gafas.

LUIS CALVO REVILLA.

¡NI POR ESAS!

Si es verdad que fué Librada una grande pecadora, puedo asegurar que ahora es una mujer honrada; pues, fruto de cierto amor, tiene una niña muy bella y se ha propuesto hacer de ella un modelo de candor.

Pero como no es pudiente la familia de mi cuento, ha de ganar el sustento con el sudor de su frente.

Y mientras la madre vela trabajando de modista, la chica está de corista de un teatro de zarzuela.

No se le oculta á Librada que estar entre comediantes tiene peligros bastantes para una mujer honrada; por lo cual no pierde ripio en vigilarla, porque quiere que la chica esté *sicut erat in principio*.

Mas, como no puede estar en el teatro con ella, ni pagar una doncella que la pueda acompañar, y la chica ha de venir por la noche del teatro y encontrarse á más de cuatro que la quieran seducir, pensando que es lo mejor para su tranquilidad hacer á la vanidad centinela del honor,

hace que la chica vista por fuera decentemente, con el lujo que consiente su condición de corista; pero por dentro la lleva con una camisa burda que no hubiera una palurda resistido siendo nueva;

un corsé de los peores sujeto con unos vendos, todo lleno de remiendos de diferentes colores; unas enaguas muy rotas y además llenas de manchas y unas medias que por anchas caen encima de las botas.

La madre está así contenta, pues la chica no querrá que nadie sepa que va por dentro tan harapienta.

Piensa su solicitud maternal, no sin razón, que ha de hacer la presunción lo que no haga la virtud.

Mas, como el demonio vela, cuando menos lo esperaba, supo la madre que estaba á punto de ser abuela.

—¡Hija infame, ven aquí— sollozando le decía.— ¡Necia! ¡Cuando yo tenía tanta confianza en ti, nuestra desdicha procuras cometiendo tal exceso! ¿Cómo ha podido ser eso? Y dijo la niña:—¡A oscuras!

JOSÉ ESTREMERÁ.

RECUERDOS DE LA VERBENA

(Á MI AMIGA MARTA MARTÍNEZ)

Pasó la bulla, pasó la broma de la verbena de la Paloma, que es de lo bueno que he visto yo.

Aunque hace días, querida Marta, que fuimos juntos, no se me aparta de la memoria lo que pasó.

Podré olvidarme de aquel pañuelo que por cien duros compró tu abuelo y en las verbenas te envuelve á tí.

Podré olvidarme de la trompeta que por la suma de una peseta (falsa, por cierto) compraste allí.

Podré olvidarme de las banderas y los faroles y las panderas y las guitarras y el acordeón.

Podré olvidarme de los guasones que te abroncaron con sus canciones, aún más picantes que el pimentón.

Podré olvidarme de unos buñuelos que fueron causa de mis desvelos, pues me sentaron bastante mal.

Podré olvidarme del beso ardiente que por descuido seguramente le diste á un guardia municipal.

Quizá me olvide de que eran vanas (como tu madre) las avellanas con que tu tío nos obsequió.

Quizá me olvide de la habanera que te bailaste con un hortera desvencijado que te sacó.

Lo que no olvido seguramente mientras yo viva, mientras yo aliente con el permiso de Belcebú,

son dos patadas que en un vacío la noche aquella me dió tu tío cuando le dije que era un zulú.

Y es que en el campo y en las ciudades ya no es posible decir verdades, pues hay quien pega, según se ve.

Mas, bien mirado, ¿qué significan cuatro cachetes de esos que pican para lo mucho que yo gocé? ¡Ole, chiquilla! ¡Viva la broma de la verbena de la Paloma, que es un derroche de animación!

¡Cuánto organillo! ¡Cuánta alegría! ¡Cuántos agentes de policía! ¡Cuánta chulapa! ¡Cuánto melón!

JUAN PÉREZ ZUÑIGA.

MINIATURA

En tu mejilla de carmín y nieve posáronse unos labios atrevidos dejando un beso pérfido y avele, y huyeron luego, tras su hazaña breve, cobardes, y tal vez arrepentidos.

La llama del pudor subió del pecho á enrojecer tu cutis sonrosado... ¡y lloras desde entonces, bien amado! Si ellos fueron traidores, ¿tú qué has hecho? ¿por qué sientes vergüenza del pecado? ¡No llores, alma mía!

que el placer que se roba en la emboscada que le tiende al candor la picardía no aprovecha al ladrón ni á la robada.

Y un beso por asalto y de repente nunca deja la huella de su paso en la mejilla en que cayó imprudente: ¡manchará en todo caso la boca que le dió traidoramente!

SINESIO DELGADO.

DUELOS Y QUEBRANTOS

(AL GOBIERNO)

Teniendo en cuenta que hay gente que juzga el Código nulo y lo infringe diariamente sin pizca de disimulo, yendo al campo del honor á darse cuatro sablazos

que causan á lo mejor contusiones y arañazos; conociendo que hay matones harto diestros en esgrima, á quienes ni á tres trones un hombre honrado se arrima,

por si alguno le provoca
y le reta alguna vez
dándole un tiro en la boca,
que es por donde muere el pez;
considerando que es burdo
pensar (y nadie lo piensa)
que por modo tan absurdo
puede borrarse una ofensa,
siendo así que el ofendido
sale á veces malparado
y puede darse un marido
convicto y apaleado;
y sabiendo, en fin, que en esta
cuestion el más diestro gana
y el menos ducho se presta
á morir como una rana,
sin que pague el ordinario
castigo su matador,
que cobra, por el contrario,
fama de hombre de valor;
sin más consideraciones
que suele hacer todo el mundo,
y expuestas ya las razones
en que mi súplica fundo,
pido que la ley no sea
contra el desafío obstáculo,
y que la gente lo vea
como público espectáculo
en que alcalces y ministros,
después de unas cuantas frescas
y de apurar los registros
para promover sus grescas,
sacien su rabia profunda
sin recato, al aire libre,
propinándose una tunda
con sables de gran calibre.
Que el pueblo sea el jurado
y sepa en esa contienda
quién es el descalabrado
y quién se pone la venda.
Que los matones de oficio,
para mejorar la raza,
se impongan el sacrificio
de tirarse hasta la taza.
Que las actas se supriman,
porque eso es hacer papeles
que á tirar el guante animan
á más de cuatro pèleles.

Y que puedan los periódicos
hacer reseñas completas,
sin artificios prosódicos
ni valerse de más tretas,
diciendo sencillamente:
«Ayer, en el punto tal
(que será un local decente,
jeómo no serlo el local!)
se batieron á pistola
con bastante lucimiento
el marqués de la Bartola
y el diputado Barriento.
El señor marqués tiró,
rodó Barriento á sus pies,
y la concurrencia dió
un gran aplauso al marqués.
Se levantó el diputado
ileso, pero convulso,
y entre furioso y turbado,
como denotaba el pulso,
disparó su pistolón
chamuscando al enemigo,
que, presa de la emoción,
cayó al suelo como un higo...
Bravos en la concurrencia,
los dos padrinos muy bien,
con tino la presidencia
y los duelistas también...
Según los facultativos,
se ha notado con disgusto
que los del lance están vivos,
pero morirán del susto.»
¿Cuánto mejor no sería
un procedimiento así,
que no hacer con picardía
del Código un maniquí?
¡Nada! Medite el gobierno
y haga del duelo una fiesta,
y si quiere enviar al cuerno
una afición tan funesta,
imponga por condición
que el duelo ha de ser á muerte,
y al que salga en la función
victorioso por su suerte,
que lo mande á Lagartijo
á que éste le de un envite...
y de este modo, ¡de fijo
que el lance no se repite!

JOSÉ FRUTOS BAEZA.



«He recibido de D. Sinesio Delgado la cantidad de cien pesetas, que se me ha concedido como premio por el soneto titulado *No sé decirte más*, en el concurso abierto por MADRID CÓMICO.
Cáceres 11 de Agosto de 1892.

Felipe Uribarri.»

Copio de los Avisos útiles de La Correspondencia:

«Imposible pensar en otra cosa más que en tí. ¡Qué días más eternos!»
Y que usted lo diga, demontre. ¡No se acaban nunca! Y además, hace un calor que ¡yal, yal! Hay para sospechar si estaremos en el verano. ¿Verdad usted?

No enseñes en la playa
las pantorrillas,
por si alguno conoce
que son postizas.

Algunos periódicos elogian la serenidad de juicio del señor ministro de la Gobernación que, apesar de haber diariamente algunos casos de cólera en París, no se ha precipitado á interceptar la frontera.
Yo también la elogio, pero no es eso á lo que vamos.
A lo que vamos es lo siguiente:

¿Quieren ustedes apostar cuatro pesetas á que si se murieran dos personas del cólera en Madrid, nos habrían puesto unos cordoncitos en todas las fronteras para abrasarnos vivos?

Ya sabrán ustedes que el maestro de escuela de Benagalbón se ha presentado en una de las calles más céntricas de Málaga con un cartelón en que imploraba la caridad pública...

No estaría mal que de ahí surgiera una luminosa idea que diera por resultado la presentación en Madrid de todos los maestros que se encuentran en igual caso, para tomar parte en las fiestas del Centenario.

Sería una lucida manifestación para decir á los indios que queden:

—¡Ea, vengan ustedes á descubrirnos!

Si la coleta cae de Lagartijo,
van á decir los toros:

—Primero Salvador, luego el Califa..

¿Qué va á ser de nosotros?

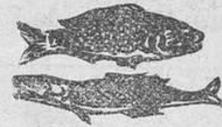
Libros:

En el folleto *Vida y viajes de Cristóbal Colón* que nos han remitido los señores Leal y Campillo vemos con gusto que han hecho un verdadero milagro, pues han compendiado en sólo 32 páginas de agradable lectura toda la historia, sin olvidar los más insignificantes detalles, del insigne genovés, respaldando en la narración la más exacta verdad de los hechos.

La obra cuesta solamente 20 céntimos.

Filosofía moderna, comedia en dos actos, original de D. Luis González, de Gibraltar.

El mundo de los vegetales, fenómenos y misterios de su existencia, obra póstuma del malogrado escritor D. José Moreno Fuentes. Forma parte de la *Biblioteca científica recreativa*, y cuesta una peseta el tomo.



CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Granvela.—Hay muchos versos duros, y el asunto, además de ser viejo, está desarrollado de una manera vulgar.

Sr. D. C. F.—¡Vamos, hombre! ¡Usted nos ha tomado por otros! ¡Mandar unas coplas malas y suscribirse de paso para recomendarse! ¡No se le ocurre al que asó la manteca!

Angel del cielo.—¡Caracoles, y qué picardías escriben ustedes ahí en la gloria! Lo que no tienen ustedes es oído... Porque aquello de

«Cierta día iban á salir...»

considerado como endecasílabo, de todo tiene menos armonía celestial.

Menticui.—Tampoco en el bajo suelo se cuentan las sílabas, según se desprende del texto.

El leguito.—No llegará usted á prior al paso que lleva. Porque *felid* no se escribe así, se escribe con *reda*, generalmente.

¿Qué tal empiezo?—Pues... como casi todo el mundo. Mal.

Enaguilas.—No he visto cantares más sosos. Ni el verbo ver con b, hasta ahora.

A. C. I. T. A. Z. O.—¡Jesús, María y José! ¡Qué pornografía más escandalosa!

A. B. C. Dario.—Flojito es.

K. rra Q. K.—Y eso también. La palabra *nimia* no tiene el sentido que usted le da ahí. De modo que es un ripio como una casa, de los de doble suspensión.

Quintanapalla.—*El dilema* no es gran cosa, sobre todo por la vulgaridad de mal gusto del final y los epigramas viejos y... verdes. Lo de que uno se llame Felipe Pró para aconsonantar con *montó* me parece casi un abuso. Porque Pró no se llama nadie.

Sr. D. P. S.—¡Ay! Si usted supiera que los sonetitos acrósticos han caído en el más merecido desuso...

N. ro.—Entrambas cosas

son inocentes
como las aves,
como las fuentes...

Sr. D. E. C.—Madrid.—Se publicará. Versifica usted con mucha soltura.

Fray Bonete.—Siento no poder decir á usted otro tanto. Y eso de *dar-se al escampo*, ¿qué significa? ¡Que la palabra campo no tiene consonantes apenas y...!

Sr. D. F. G. C.—Valencia.—Se publicará; pero no tenga usted prisa, porque con motivo del concurso de sonetos se ha aglomerado el original de tal manera que ahora... tenemos para rato.

Antolín.—Deploro, y se lo confieso,
no aprovechar nada de eso.

Chiquito Lunares.—¡Lástima grande que esos cantares adolezcan de vulgaridad! Y sí que adolecen.

Mis nata.—Tampoco los cantares me gustan. Y en cuanto al epigrama... ¡que me parta un rayo si lo he entendido!

MADRID, 1892.—Tipografía de MANUEL G. HERNÁNDEZ, impresor de la Real Casa.

Libertad, 16 duplicado, bajo.

ANUNCIOS

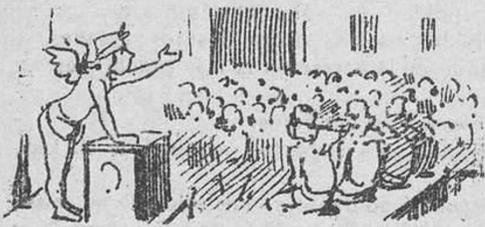


Tomás, peluquero,
Alcalá, 40,
son tus oficiales
gente muy atenta!

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE
MÁLAGA-MANZANARES



«En Zaragoza se celebró una reunión monstruo para evitar el derribo de la torre inclinada, y para recomendar el anisado del MADRID CÓMICO, de Vicente Lóbez.»



«El suicida tenía una preciosa camisa de Martínez, San Sebastián, 2, con las iniciales R. V., por lo que se supone que se llamaba Ricardo, y que era persona de buen gusto.»



«Entre los regalos recibidos por el señor Sagasta durante su excursión veraniega, figura una americana de alpaca de casa de Pesquera, Magdalena, 20, que es lo que más ha agradecido el jefe del partido liberal.»



«Lo primero que hicieron los recién casados, una vez recibida la bendición nupcial, fué tomar un abono en el restaurant Las Tullerías, Matute, 6.—¡Así es como se fundan familias decentes.»



«El espada Currinche tomó un brillante desquite de su fracaso de la corrida anterior. Sus amigos atribuyen esto á una dentadura inamovible que el matador acababa de adquirir en el salón dental de Tirso Pérez, Mayor, 73.»



«Un individuo que se sintió atacado de los primeros síntomas coleriformes, tomó inmediatamente una copa de cognac fino de Moguer, y quedó fuera de peligro.»
Sobrinos de Guinea, Carretas, 27.



«En el colegio del Santo Nombre se ha visto obligado el Director á suprimir las camas del Bazar de la Plaza de la Cebada, número 1, porque á los colegiales les gustaban demasiado y no había modo de que se levantaran á tiempo para asistir á la primera clase de la mañana.»

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Pago adelantado, en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero derecha.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

CHOCOLATES Y CAFÉS

DE LA

COMPañIA COLONIAL

TAPIOCA, TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20

MADRID